

The Divorce Referendum, Ireland, 1986

Paul Durcan

By the time the priest started into his sermon
I was adrift on a leaf of tranquility,
Feeling only the need and desire to praise,
To feed praise to the tiger of life.
Hosanna, Hosanna, Hosanna.
He was a gentle-voiced, middle-aged man,
Slightly stooped under a gulf of grey hair,
Slightly tormented by an excess of humility.
He talked felicitously of the Holy Spirit –
As if he really believed in what he was preaching –
Not as if he was aiming to annotate a diagram
Or to sub-edit the gospel,
But as if the Holy Spirit was real as rainwater
Then his voice changed color –
You could see it change from pink into white.
He remarked icily: “It is the wish of the Hierarchy
That today the clergy of Ireland put before you
Christ’s teaching on the indissolubility of marriage
And to remind you that when you vote in the Divorce Referendum
The Church’s teaching and Christ’s teaching are one and the same.”
Stunned, I stared up at him from my pew
As he stood there supported by candles and gladioli,
Vestments, and altar boys at his feet;
I could feel my breastplate tighten and my shoulder blades quiver;
I knew the anger that Jesus Christ felt
When he drove from the temple the traders and stock brokers.
I have come into this temple today to pray
And be healed by, and joined with, the Spirit of Life;
Not to be invaded by ideology.
I say unto you, preacher, and orators of the Hierarchy,
Do not bring ideology into my house of prayer.
I closed my eyes
And I did not open them again until I could hear
The priest murmuring the prayers of the Consecration.
At Holy Communion I kept my eyes on a small girl
To whom the priest had to bend low to give her the host.
Curtseying, she smiled eagerly, and flew back down the aisle,
Carrying in her breast the Eucharist of her innocence:
May she have children of her own
And as many husbands as will praise her –
For what are husbands for, but to praise their wives?

El referéndum del divorcio, Irlanda, 1986

Para cuando el sacerdote comenzó su sermón
yo andaba a la deriva sobre una hoja de sosiego,
sintiendo solamente la necesidad y el deseo de alabar,
de dar loas al tigre de la vida.
Hosanna, Hosanna, Hosanna.
Era un hombre de voz suave, de mediana edad,
ligeramente encorvado bajo entradas de pelo canoso,
ligeramente atormentado por un exceso de humildad.
Hablabla con regocijo del Espíritu Santo –
como si realmente creyera en lo que estaba predicando –
no como si se propusiera comentar un diagrama
o corregir el evangelio,
sino como si el Espíritu Santo fuera real como el agua de lluvia.
Entonces su voz cambió de color –
podría verse ese cambio del rosa al blanco.
Advirtió friamente: “Es el deseo de la Jerarquía
que hoy el clero de Irlanda ponga ante ustedes
las enseñanzas de Cristo sobre la indisolubilidad del matrimonio
y recordarles que cuando voten en el Referendum del Divorcio
las enseñanzas de la Iglesia y las enseñanzas de Cristo son una y la misma.”
Pasmado, clavé los ojos en él desde mi banco
mientras se erguía allí rodeado por velas y gladiolos,
sabanillas de altar, y monaguillos a sus pies;
sentí que me apretaba el pecho y que mis omóplatos temblaban;
conocí la ira que sintió Jesucristo
cuando expulsó a los mercaderes y a los comisionistas del templo.
Había ido al templo ese día para alabar
y para ser curado por y reunirme con el Espíritu de Vida;
no para ser invadido por la ideología.
Os digo, sacerdote y oradores de la Jerarquía,
no lleves ideología a mi casa de oración.
Cerré mis ojos
y no los abrí de nuevo hasta que escuché
al sacerdote murmurando las plegarias de la Consagración.
Durante la Santa Comunión presté atención a una niñita
ante la cual el sacerdote tuvo que inclinarse para darle la hostia.
Reverente, ella sonrió impaciente, y voló por el pasillo,
llevando en su pecho la Eucaristía de su inocencia:
ojalá tenga hijos
y tantos maridos como le plazca –
¿Para qué sirven los maridos, si no para alabar a sus esposas?

Translated by Jorge Fondebrider (Argentina)